

Reproducción

Tomo II, Número 29. — 15 de Junio de 1920

Director:

Eliás Jiménez Rojas

San José, Costa Rica.

Apartado 250

DEL USO EN SUS RELACIONES
CON EL LENGUAJE

DISCURSO DE M. A. CARO, 1881

Trozos escogidos por E. J. R.

V y VI

Administrador:

Manuel Gutiérrez González

La Dolorosa

Imprenta Crejos Hnos.

No hay espectáculo más digno de estudiarse, ni recientemente, por dicha, más estudiado, que el del nacimiento y formación de las lenguas romances en los siglos medios, y de la estructura que presentan ya en los albores de la edad moderna. Empieza insensiblemente el latín a multiplicarse en dialectos, al modo que un organismo se descompone y transforma en nuevos organismos homogéneos. Tal proceso es obra natural, espontánea y casi exclusiva del uso, o en otros términos, no es la literatura, no la filosofía, sino un vulgo ignorante e ignorado, el autor de fenómeno tan curioso. Mas la curiosidad que éste despierta se convierte en sorpresa, en lección provechosa, cuando examinando la ciencia transformaciones semejantes, descubre y reconoce que si no fueron científicas, sabías sí, cuando en los rumbos que seguía aquel vulgo que transformó el latín, se manifiestan, aunque ocultas entonces, claras hoy a la luz que ella esparce, leyes seguras y constantes.

El toscano, el castellano, el francés, todas las lenguas romances, son, y lo eran ya siglos atrás, sistemas regulares

de elocución. Cada una de ellas se somete a reglas que le son peculiares, y no promiscuas, y a otras comunes a toda la familia neo-latina, de lo que resulta variedad graciosa dentro de la imponente unidad romana.

Cada pueblo neo-latino tiene, por ejemplo, su particular acentuación, nacional o provincial; pero ¡caso tan extraño como cierto! en medio de las permutaciones y pérdidas de letras, de las diferentes alteraciones y cambios, que experimentan las palabras latinas al pasar a las lenguas romances, el primitivo acento prosódico, con raras excepciones, que admiten también explicación, permanece en su lugar en cada voz, y allí vive inalterable. Ley interesantísima, hasta hace algunos años no conocida de los filólogos, principio luminoso de etimología, que permite, pongo por caso, rastrear en algún incógnito diminutivo de la baja latinidad el origen de una palabra que, por aparente dislocación del acento, no se engarza directamente con el latín clásico.

Si alguien hubiese puesto ante los ojos a Varron, a Cicerón o a Horacio un puñado, digamos, de palabras lati-

nas para que sobre ellas profetizasen, ¿qué pensaremos que hubieran conjeturado? Tal vez que las letras fuertes se suavizarían, que se perderían las finales, que aquellos vocablos mismos caerían en olvido y desuetud, y serían reemplazados por vocablos nuevos. Nada más: la sabiduría antigua, aunque no tan ocasionada como cierta política moderna, a equivocarse la virtud con la fuerza, no adivinó, ni tenía que adivinar, que el principio vital de las palabras no reside en las letras más resonantes, sino en el acento, elemento musical y enfático, y centro inmaterial en cierto modo, que con fuerza de cohesión agrupa las sílabas yuxtapuestas; forma sustancial y alma, digámoslo así, de cada palabra. ¿Qué mucho que los antiguos no columbrasen fenómeno semejante, si modernamente, al mismo tiempo que la lengua francesa, desmoronadas muchas voces latinas polisílabas y reducidas en ella a una sola sílaba sonora, a la sílaba tradicionalmente acentuada, da vivo testimonio de la supervivencia del *espíritu* en las palabras, el pueblo que habla aquella lengua es cabalmente el de oído más indócil para percibir

la diferencia fundamental entre sílaba acentuada y sílabas no acentuadas? Marmontel, académico y célebre preceptista de la centuria pasada, confesaba que tenía por fabuloso el acento tónico; no de otra suerte lo miran muchos en Francia, y recientemente Quicherat, Gaston Paris, Littré se han esforzado por demostrar a sus compatriotas la verdad sencillísima de que las palabras francesas se dividen en agudas y graves, clasificación comprobada por el cumplimiento de aquella admirable ley etimológica. Si fuese permitido este paralelismo simbólico, diría yo que al modo del pueblo israelita en materia de religión, en lo tocante a este peregrino accidente de la elocución, que llamamos acento, el pueblo francés ha sido depositario y guardián de la misma verdad que en el orden regular de las cosas parece condenado a no comprender.

Os he traído a la memoria esta ley de la permanencia del acento, no para desviar vuestra atención del asunto de que trato, antes bien para rogaros que la fijéis en las conclusiones que del reconocimiento de leyes lingüísticas tales

como ésta, se desprenden en relación con el concepto del uso.

¿Habéis reparado, señores, en el espíritu, en el verdadero sentido que envuelve todo argumento que a secas se apoya en el uso? Cuando se decide que debe pronunciarse, decirse o escribirse de tal o cual manera, porque así lo exige el uso, ¿no observáis que con esta razón potísima se cierra la boca a la curiosidad? Con efecto, en el uso, el hecho es todo, el derecho nada; cosa es sobreentendida que el uso, como ya lo expresó Martínez de la Rosa, es «despótico,» «absoluto»; si él lo quiere, no hay más que averiguar; la razón en que apoya sus decretos, es aquella sinrazón *porque sí*, de los niños, de los necios y de los tiranos.

Y yo, señores, confieso que, aun tratándose de lenguaje, estas razones arbitrarias, que en otros casos son ofensivas y tiránicas, me han disonado siempre. Confieso que he extrañado la *autoridad* que se atribuye a una entidad impersonal y despótica. El hecho, cuando no tiene, ni admite ni consiente fundamento alguno, alegado como razón única, es un insulto a la razón verdadera. Sober-

bia y locura sería (ya lo he reconocido) pedir las razones últimas de las cosas; pero es fuero propio de *seres* racionales exigir a los hechos que presenten su título como manifestaciones o como agentes de fuerzas superiores. Merece el hecho respeto y acatamiento, no por lo que es en sí, sino por lo que representa; y si el uso no es más que un hecho, le seguiré por necesidad, no le acataré con el entendimiento. Para que el hecho lleve mis obsequios racionales, yo le exijo que en lo sustancial, aunque no en los pormenores, se apoye en una ley preexistente, o con ella se enlace de algún modo, aun cuando yo no la penetre en sus causas finales. Y no me objete aquí alguno que en ello me mueve el vano placer de quien gusta de beber en fuente más alta, pero siempre turbia, su ignorancia. No; no me remonto a buscar hipótesis imaginarias, como la del *átomo*, ni me contentan palabras provisionales o vacías como la de *casualidad*. Leyes solicito, cualesquiera que sean, porque legalidad es forma de justicia, y justicia realización de derecho; y cuanto más antigua la ley que descubro, más me satisface, porque por su anti-

güedad mido la alteza de su origen y lo benéfico de su institución. No sólo con el jurisconsulto aclamaré a la legalidad justa, sino con el filósofo la reconoceré luminosa, y con el teólogo la acataré divina. Cuando de lo casual pasamos a lo providencial, cuando de lo que es, subimos a lo que debe ser, cuando del caos, en fin, salimos para entrar en el orden, que es calor y es luz, el corazón naturalmente se regocija, sosiega y descansa el entendimiento.

La permanencia del acento originario en todas las lenguas romances, en medio de sacudimientos y destrozos sociales, al través de largos siglos tumultuosos, a pesar de grandes distancias interpuestas entre diferentes pueblos neo-latinos, es, con otros muchos, elocuente ejemplo para mostrar cómo en su transformación los idiomas se guían por leyes preexistentes, que en períodos anteclásicos dirigen el uso popular. La sola razón *sic iubeo* del uso, satisface al que nada más desea que hablar una lengua según el uso recibido; mas no es suficiente ya para quien desee poseerla por principios; no para el que sigue la historia de sus variaciones fonéticas y

examina su estructura gramatical; no para el que estudia el encadenamiento de sus acepciones metafóricas, y aguza el entendimiento para fijar sus sinonimias, llevando siempre delante la indispensable antorcha de la etimología.

Y descubierta la ley, en conformidad con ella se establecen reglas gramaticales y se dictan sin apelación justísimos fallos en el tribunal de la crítica. En vano será, por ejemplo, que *médula*, *cólega* o *méndigo* produzcan en su abono ejemplos de escritores coetáneos: hase dislocado en tales vocablos el acento que derivan del latín, violan y contrarían una ley histórica del idioma, y basta hoy esta consideración, sin necesidad de alegar pasajes de escritores clásicos como pruebas de *uso* literario, para condenar y proscribir esos y cualesquiera otros proparoxítonos, de los varios que está introduciendo o pretendiendo introducir en castellano (como observa agudamente el señor Morel Fatio) la tonta idea de que la acentuación esdrújula es en todo caso, por lo enfática, más noble que la llana o grave.

Errará, empero, quien extremando este método científico histórico, consi-

dere las lenguas como plantas parásitas que crecen abrazadas apenas al árbol de la humana sociedad. El lenguaje, dice el profesor Pott, es compuesto de alma y cuerpo, y vive y se alimenta a un mismo tiempo de espíritu y materia. Por una parte, producto sonoro de los órganos vocales; por otra, brote lozano de la imaginación; y en él, como en todas las manifestaciones de seres animados, los movimientos regulados por leyes naturales se combinan con otros inexplicables; la necesidad se modifica y particulariza por obra de la espontaneidad. Conocemos talvez las causas fisiológicas que determinan el cambio o eliminación de algunos sonidos y letras; pero dentro de los principios generales cabe variedad de resultados. Nos enseñará el filólogo que aun las excepciones gramaticales son restos de leyes antiguas que cayeron en desuetud; pero no explicará en muchos casos por qué una ley es regla y otra degeneró en excepción (1). Si se nos proponen varias voces latinas que significan una misma cosa, tenemos la clave para darles a todas ellas la forma q' les corresponde en nues-

(1) V. Cuervo, Apuntaciones, 3a. ed. 665.

tra lengua; pero si se pregunta por qué razón el uso adoptó una y desechó las otras (por qué v. gr. usamos *beber* y no *potar*, si bien se dice *agua potable* y no *bebible*), posible es que se conozca la causa (1), posible también que no acierte a decidir el punto el más erudito filólogo. En muchísimos casos la elección dependió de móviles involuntarios, ignorados, o de causas accidentales talvez o del momento; fué, por punto general, espontánea; y a este elemento, origen de la condición que apellidé ya propiedad convencional de los términos, limitase, en último análisis, la jurisdicción del uso, puesto caso que por uso entendemos de ordinario aquellas prácticas que no admiten explicación histórica ni científica.

VI

Los que poseemos una lengua acaudalada por tan diversas fuentes y raudales tributarios, que hoy corren reunidos a manera de majestuoso río, no acertaremos a distinguir fácilmente lo que a todos y a cada uno se debe en la

(1) Díez, en la Introducción a su Gramática, señala varias de esas causas.

formación del lenguaje: lo que el uso trajo consigo, y lo que los escritores clásicos pusieron de su caudal en las corrientes del uso; y tan injusto fuera adjudicar íntegro el lauro de la invención a las fuerzas anónimas del lenguaje usual, como a la personal gallardía de preclaros ingenios.

Como quiera que sea, y salvo siempre el respeto debido aun a la embrionaria literatura de siglos llamados bárbaros (que sólo la salvajez no la barbarie, cae bajo el nivel de la humana grandeza), no puede negarse que los primeros escritores clásicos de una lengua supieron dejar muy pronunciada en ella la estampa de su individualidad; así es, que discurriendo con su acostumbrada ingeniosidad y gracia sobre los grandes poetas italianos, gradúa Lord Macaulay de «creación», y fuélo en cierto sentido, no diré el estilo, el lenguaje mismo de la Divina Comedia. (1)

Cuando apareció Dante, el latín era aún la lengua literaria y culta, la lengua de las universidades y de la Iglesia. «Cuantos aspiraban,» dice el crítico inglés, «a distinguirse en las altas esferas

(1) Dante italianizó muchas palabras latinas.

de la poesía, al latín apelaban. Compadecido de la ignorancia de su dama, algún caballero, de vez en cuando, declaraba su pasión en versos provenzales o toscanos. También pudo ser en ocasiones materia de edificación para el pueblo alguna alegoría piadosa compuesta en la jerga vulgar. Mas ningún escritor había imaginado que dialecto de aldeanos y placeras tuviese en sí energía y precisión bastantes para dar forma a una obra majestuosa y duradera. Ensayólo el primero de todos, Dante, el cual descubriendo en aquel descuidado venero tesoros de pensamiento y de dicción, los acrisoló hasta el mayor refinamiento, puliéndolos les dió esplendor, y acomodólos a todo objeto o útil o grandioso. Y así alcanzó la gloria no sólo de haber compuesto el mejor poema narrativo de los tiempos modernos, sino de haber creado una lengua que se distingue por su incomparable melodía, y que se presta singularmente para dar a las más altas y apasionadas ideas la expresión severa y concisa que cual ropaje propio le corresponde». (1)

(1) On the principal Italian writers.

Volviendo los ojos a la lengua castellana, viene a cuento recordar, lo primero, el precioso Diálogo de la lengua, de Juan de Valdés, el cual, a modo de sencillo monumento, se alza conspicuo en el espacio donde cesa el movimiento del uso, falta de conciencia y de freno, y se abre la era de los escritores que a fuer de príncipes de la elocuencia o la poesía, empuñan cetro y dictan leyes al lenguaje.

Ello es que en la obra del célebre diagolizante (y ya con la mente os habréis adelantado a este recuerdo mío) aparecen dos españoles y dos italianos, en una casa de campo cerca de Nápoles, discutiendo ingeniosamente sobre el mejor modo de hablar una lengua como la castellana, que por entonces, corriendo los años de 1530, carecía de modelos propios. El personaje principal reconoce lo difícil del empeño, «porque he aprendido—dice—la lengua latina por arte y libros, y la castellana por uso; de manera que de la latina podría dar cuenta por el arte y por los libros en que la aprendí, y de la castellana no,

sino por el uso común del hablar; por donde tengo razón de juzgar por cosa fué de propósito que me queráis demandar cuenta de lo que está fué de toda cuenta.» El mismo Valdés no hallaba otra autoridad en que apoyar sus opiniones gramaticales, que los refranes populares, en que «se ve muy bien,» según observación de su interlocutor y paisano Torres, «la puridad de la lengua castellana.»

A veces el mismo Valdés en sus escritos también se apartaba del uso. El interlocutor italiano Marcio le dice: «Satisfacednos con las razones que os mueven a escribir algunas cosas de otra manera que los otros; porque puede ser que éstas sean tales, que valgan tanto cuanto pudieran valer la autoridad de los libros.» Y es de ver en las que expone Valdés, a vueltas de la discreción que de ordinario le distingue, la ignorancia que padece y los errores en que cae cuando a falta de modelos indígenas consagrados, inventa para su uso particular etimologías arbitrarias, vanas razones científicas.

Ni fué científica (o a lo menos escaso anduvo este elemento auxiliar) sino

artística, o sea, guiada únicamente del amor de la belleza, la imitación de modelos literarios latinos e italianos, nacida al calor del Renacimiento; y ese fué el medio por donde se enriqueció la lengua castellana; ésa la corriente que, desatada por los buenos escritores, invadió briosa la del uso, dominándola a las veces, modificándola siempre.

Sabido es que España, en la época de su mayor poderío, y con relación a Italia, repite los rasgos que caracterizan a la antigua Roma, en los días de su grandeza, vencedora de Atenas en armas, por ésta vencida en letras. El verso endecasílabo, que otros no habían acertado a aclimatar fué, en manos de Garcilaso, con los primores y galas que comporta, conquistador de la lírica española, y no sin resistencia, avasalló al popular octosílabo, al modo que el exámetro helénico había humillado en Roma al indígena ritmo saturnino; salvo que en España el genio de la poesía popular tornó luégo a levantarse y dominar en el teatro, ostentando originalidad al par que extravagancia, moviéndose a compás de los aplausos de una multitud sin letras. Como quiera, Garcil-

laso, innovador tan atrevido como afortunado, fué padre de nuestra poesía lírica; y tan hondo puso en ella el sello de su genio, que su lenguaje no se ha anticuado en nuestro Parnaso, y suena y sonará siempre gratisimo en oídos españoles, el eco de sus rimas, como el de «corrientes aguas, puras, cristalinas.»

Fernando de Herrera, comentando a Garcilaso, motejaba a los escritores contemporáneos, porque reverenciando el uso, «estrechaban los términos de la lengua.» «Los italianos—decía—hombres de juicio y erudición, y amigos de ilustrar su lengua, ningún vocablo dejan de admitir, sino los torpes y rústicos. Mas nosotros olvidamos los nuéstros nacidos en la ciudad, en la corte, en la casa de los hombres sabios, solamente por parecer religiosos en el lenguaje, y padecemos pobreza en tanta riqueza y en tanta abundancia. Permitido es que el escritor se valga de la dicción peregrina cuando no la tiene propia y natural o cuando es de mayor significación.... Las nuevas voces no han de ser humildes, hinchadas, tardas, lujuriosas, tristes, demasiadas, flojas y sin

sentido, sino propias, altas, graves, llenas, alegres, severas, grandes y sonantes.»

¿Y qué diremos de Fray Luis de León? Cuando leemos la agradable prosa de los *Nombres de Cristo*, o repetimos de memoria los inmortales versos «¡Qué descansada vida!»... o *Noche serena*, como con esas palabras, y esas cláusulas, y ese ritmo estamos familiarizados desde la escuela, nadie nos quitará de la cabeza que Fray Luis de León escribía con la misma espontaneidad con que sentía, y que en sus obras castellanas el pensamiento y la expresión nacían sin esfuerzo como hermanos gemelos. No: Fray Luis de León que había nutrido su espíritu en la poesía hebraica; que estaba familiarizado con la literatura greco-romana, que escribía magistralmente el latín, como lo acreditan sus obras expositivas, y que en latín enseñaba y discutía en Salamanca, no era, digámoslo así, un romancista espontáneo y fácil. Emulando a los italianos, y siguiendo sus huellas, aspiraba a levantar al nivel de la toscana su lengua nativa, manejándola a fuer de esclava, indócil todavía a la discipli-

na del arte, y en este camino salíanle al paso contradicciones diversas, porque los latinistas y eruditos no le sufrían que se rebajase a escribir en castellano, y con ellos se ligaban sus émulos, haciendo capítulo de acusación que alguna vez hubiera osado exponer asuntos bíblicos y morales en lengua vulgar, y los romancistas e iliteratos, por su parte, le pedían que escribiese ni más ni menos como el vulgo hablaba. A unos y otros replicó en los *Nombres de Cristo* el docto agustiniano, y por los últimos estampó estas palabras, dirigidas a D. Pedro Portocarrero, y después muchas veces citadas:

«De éstos son los que dicen que no hablo en romance, porque no hablo desatadamente y sin orden: y porque pongo en las palabras concierto, y las escojo, y les doy su lugar. Porque piensan que hablar romance, es hablar como se habla en el vulgo, y no conocen que el bien hablar no es común, sino negocio de particular juicio, así en lo que se dice, como en la manera como se dice. Y negocio que de las palabras, que todos hablan, elige las que convienen, y mira el sonido de ellas, y aun cuenta a

veces las letras, y las pesa y las mide, y las compone, para que no solamente digan con claridad lo que se pretende decir, sino también con armonía y dulzura. Y si dicen que no es estilo para los humildes y simples, entiendan que así como los simples tienen su gusto, así los sabios y los graves y los naturalmente compuestos no se aplican bien a lo que se escribe mal y sin orden; y confiesen que debemos tener cuenta con ellos, y señaladamente en las escrituras que son para ellos solos, como aquesto lo es. Y si acaso dijeren que es novedad, yo confieso que es nuevo, y camino no usado por los que escriben en esta lengua, poner en ella número, levantándola del decaimiento ordinario. El cual camino quise yo abrir, no por la presunción que tengo de mí, que sé bien la pequeñez de mis fuerzas, sino para que los que las tienen se animen a tratar de aquí en adelante su lengua como los sabios y elocuentes pasados, cuyas obras por tantos siglos viven, trataron las suyas; y para que los igualen en esta parte que le falta con las lenguas mejores, a las cuales, según mi juicio, vence ella en otras muchas virtudes».

En suma, al lenguaje de León ha de aplicarse, en lo que le toca, lo que de su arte y estilo en general dice un ilustre escritor de nuestros días, quien mejor que nadie, y no una vez sola, ha juzgado al Príncipe de los líricos españoles antiguos y modernos (1); es a saber, que «Fray Luis de León acudió a todas las fuentes del buen gusto, y adornó a la Musa castellana con los más preciados despojos de las divinidades extrañas; y animó luégo este fondo de imitaciones con un aliento propio y vigoroso capaz de sacar de la inmovilidad lo que pudiera juzgarse forma muerta, encarnando en ella su vigorosa individualidad poética, ese elemento personal del artista que da unidad y carácter propio a su obra».

¿Y qué es ver a un poeta tomar de dos voces, gemelas por la significación, la que corre como villana, y ennoblecerla, o desenterrar un término arcaico, o dar título de ciudadanía a uno provincial? Singularísimo privilegio, porque en estos casos los poetas desafiando y atropellando el uso en lo que es, como he

(1) El señor Menéndez Pelayo, que en su obra *Horacio en España*, p. 205 y sigs., explica el desarrollo del genio poético de León dividiéndolo con acierto en cinco períodos.

dicho ya, privativa jurisdicción y dominio de éste, alteran los lindes por él establecidos entre el lenguaje vulgar y el poético, entre el que ha muerto y el que vive, entre los dialectos y la lengua nacional.

Con tan feliz éxito modificaron algunos grandes escritores la lengua reformando el uso, que siendo contemporáneos Fray Luis de León y Santa Teresa, las obras del primero, no compuestas para los simples y humildes de su tiempo (como él mismo lo advierte), son hoy, si no me engaño, más claras e inteligibles para todo el mundo, incluso los humildes y simples, que las obras de la santa escritora, ajenas de todo alíño de erudición, como trazadas con mano veloz, a impulsos de ardentísimo celo. Y aun más se apartan del uso actual en la forma, digámoslo así, fonográfica, en que salieron de su mística pluma, que en la ortografía en que se imprimieron, revisadas por el mismo Maestro León, de orden del Consejo Real, en 1588. La santa escribía como pronunciaba; Fray Luis, como estimaba que debía pronunciarse, acomodándose a la etimología; y así, al cabo, rectificándose la fonética

por la escritura, es como ha llegado a pronunciar todo hombre de mediana educación.

Otras veces sucede que un novador afortunado, después de alcanzar triunfos, quiere abusar de su talento, se hace extravagante, la corriente del uso le derriba y le veuce, y su nombre antes glorioso, sirve de escándalo o de risa a los venideros. ¿Quién lee hoy las obras mayores de D. Luis de Góngora? ¿Quién no repite su nombre como mero emblema de afectación y perverso gusto? Y sin embargo ese *ángel de tinieblas* ilustró la poesía española a satisfacción de todo el mundo, como dice Francisco Cascales: «él enriqueció la lengua castellana con frases de oro felicemente inventadas y felicemente recibidas con general aplauso». ¿Y quién no se admirará de saber que muchas voces hoy de uso general, e indispensables si no han de suplirse con enojosos rodeos, fueron en siglos anteriores gongóricas y no entendidas de la gente? (1)

(1) «Calderón refiere que un barbero se equivocó al sacar una muela por haberle dicho un culto que la dañada era la *penúltima*. Moreto cuenta entre las voces cultas *libidinoso, crédulo, obtuso*. Adolfo de Castro. *Poetas líricos del siglo XVI*, tomo I (colección de Rivadeneyra), p. XXXI

Todavía en tiempos no lejanos de los nuestros, cuando parecía cerrada ya la época de las reformas, y fijada la lengua, hallamos ejemplos elocuentes de los triunfos que alcanzan, no menos que de los abismos en que suelen hundirse, los innovadores de talento. Cienfuegos y Quintana eran compañeros, amigos y fundadores de una misma escuela. Capmany demostraba que Quintana no era castizo en sus poesías, y las novedades de uno y otro poeta, andan mezcladas, sin distinción de colores, como retales de un mismo paño, en la satírica epístola a Andrés, de D. Leandro Moratín. Con todo, Cienfuegos llevó muy lejos, su audacia, y quedó vencido por el uso; mantúvose Quintana en más prudentes límites, y venció al uso (1). Hoy pocos, nadie talvez lee a Cienfuegos, y todavía leemos a Quintana y admiramos y saboreamos en sus poesías como rasgos naturales y gustosos las que en su tiempo fueron rarezas.

Cuando una pluma escrutadora y diligente bosqueje la historia de la lengua,

(1) Cf. Quintana, *Introducción de la poesía castellana, siglo XVIII*; Salvá en el prólogo de su *Gramática*; Alcalá Gallano, *Recuerdos de un anciano*, p. 65.

describirá todas las curiosas peripecias del combate general, si vale decirlo así, que en épocas de confusión empeñaron los escritores contra el uso, más como conquistadores de regiones incultas, que como legisladores de bien organizadas comunidades; descenderá a explicar las tentativas individuales, afortunadas algunas veces, y desgraciadas otras; rastreará el origen clásico de muchas voces y frases que hoy son del dominio público; dirá, si lo logra, cómo y cuándo entraron unas en el caudal de la lengua, y descartadas otras se relegaron al olvido; ofrecerá en fin, a la admiración, no a la imitación, la gloria de los triunfadores, como León y Quintana; y, para que sirva de escarmiento y freno a la osadía de miserables medianías, enseñará la ruina de genios poderosos como Góngora y Cienfuegos, que en la lengua que hablamos dejaron rastros anónimos de su fuerza, y con las obras que escribieron, a modo de obeliscos aislados, monumentos de su temeridad.

Concluirá